

FACETAS DE LA VIDA

I

DESPUÉS DEL COMBATE

Una epopeya tremenda... Las tropelías de aquel carnicero ilustre que dejó pequeñitos á César y Alejandro habían irritado al heroico pueblo español, que es una especialidad en epopeyas; y el pueblo se echaba á la calle á defender lo que estaba indefenso en manos de un rey imbécil, dirigido por un favorito ó consejero que se alzó príncipe sobre el pavés de la infamia.

Una epopeya tremenda... Somos valientes y altivos. Sufrimos con resignación católica, apostólica, romana, el yugo de nuestros reyes; pero nos rebelamos contra los reyes extranjeros. *Pepe Botella* era francés... Fernando VII era un zángano, pero un zángano español. Rechazamos al francés, y sufrimos al zángano.

Una epopeya tremenda... Dos oficiales del ejér-

cito van derechos al motín, al cráter de la hornalla gritando: ¡*Viva la independencia!* salvan á la patria y á la libertad, y exánimes y ensangrentados aparecen luego en una capilla ardiente...

¿Y después?

La patria, reconocida, indaga sus nombres, y para darles la inmortalidad, les dedica un obelisco en forma de pilón de azúcar blanco de la Habana.

¿Y después?

Entre ruido de artillería, bajo arcos de triunfo, casi bajo palio, al son de músicas y clarines, con mucho oropel y toque de amarillo y rojo, frente á frente del obelisco y hollando acaso el polvo de los héroes, pasa *vivo* un general que acaba de hacer traición á la patria y á la libertad.

*
* *

Una tragedia en un sitio lúgubre que se llama Wisembourg.

— ¡Paso á esos valientes! exclama un príncipe del ejército enemigo.

Van los prisioneros sudorosos y polvorientos, ennegrecidos por la pólvora, abofeteados por la derrota, humillados por vivir después del vencimiento... Son pocos, apenas llegan á trescientos. ¿Qué

se hicieron tanto miles? *Descansan en paz* sobre la artillería enemiga. Fué una arremetida terrible... Indefensos y sorprendidos á causa de la incuria de sus jefes, se lanzaron al combate, en un arranque de valor heroico, para clavar sus garras en el corazón de los prusianos. ¡Qué risa! Ahora parecen ranas espachurradas sobre las cureñas de los cañones. ¡Todavía va rodando cuesta abajo una cabeza de zuavo separada del cuerpo por un golpe de metralla! ¡Todavía corren por la pendiente hilillos de sangre francesa!

¡Oh! ¡no haya miedo!... La patria, reconocida, concede á esos muertos una ancha fosa. Pero ni un epitafio sobre el montón.

— ¿Cómo se llamaban esos valientes? pregunta un peregrino.

— Pues eso, ¡el montón!

— ¿Y qué nombre tenía el héroe, muerto sin duda en el campo de batalla y guardado en este suntuoso mausoleo? pregunta un alemán.

— Napoleón III. Murió en su cama, de tanto cálculo (en la vejiga).

*
* *

Otra tragedia, no importa el sitio.

¿Adónde va aquel jefe que entregó con alevosía

el mejor baluarte y un número brutal de soldados, brutal por lo inmenso? ¿Va camino del patíbulo? No, que va á vivir holgadamente sobre los recuerdos de su traición.

*
* *

Dulce y hermoso es morir por la patria... ¡cuánto más dulce y hermoso morir como un cualquiera, de viejo y metido entre sábanas calientes!

II

DOS TEMPESTADES

Quando se advierte en la naturaleza ese fruncimiento de cejas de que habla el poeta, y se la ve reñir y pegarse sola, no de otra suerte que riñe y se pega á sí mismo un niño enojado, hay que prosternarse, rendido de admiración ante la armonía y la seriedad de la obra del genialísimo arquitecto á quien llamamos Dios.

Una tempestad en el mar. Sí que es cosa poética y bonita. Ni un pedacito de tierra en la lejanía, ni una esperanza en el horizonte. Arriba, amenazando caerse á montones, van presurosas nubes negras, y abajo se agita el mar, retorcién-

dose como un colérico entre vómitos de verdosa espuma. ¡Ay del pobre náufrago! Si mira hacia abajo buscando de qué asirse, ve algas endebles y dispersas por el torbellino sobre la superficie de las rabiosas aguas; si mira á lo alto pidiendo amparo en aquel trance, ve... lo que verá el expatriado del reino de la ventura cuando en tempestuosa noche, de truenos en el cerebro y de lluvias en el corazón, alce la vista al cielo de la esperanza buscando en vano una estrella que le guíe en el camino del infortunio.

¡De qué buena gana asistiría el público á la representación de esas tragedias de mar adentro si pudiera presenciarlas tranquilamente sobre la segura orilla de la playa, y qué hermosa y divertida le parecería entonces una tempestad en medio del Océano! Pero no tan hermosa como la tempestad que produce el fuego del hogar si se recuerda, al amor de la lumbre y con buen calor en los huesos, que en medio del arroyo se hielan los gorriones y los pobres... ni tan divertida como la tempestad orgiástica del espíritu que chisporretea de alegría, como la lumbre del hogar, cuando tiembla en unas pestañas largas y rizosas el húmedo rocío cuajado por el amor y el vino y se recogen las gotas en un beso muy caliente, mientras al través de los llorosos cristales del bal-

cón se alcanza á ver, mojada y medrosa, la silueta del buen marido que cruza la fangosa calle en demanda del trabajo honrado.

III

ANTE LA LEY

El taller y la fragua funcionan vertiginosamente. Un hombre, calenturiento por la ambición, trabaja sin descanso. Ya amontona barras de oro; ya es millonario; ya edifica un palacio allá en lo más céntrico de la ciudad de los condes; ya se hace grande de España de primera clase; ¡ya se cubre delante del rey! ¡ya se encaja el sombrero hasta el cogote en presencia de la nación, estupefacta!

Pero la policía sigue la pista al monedero falso. Es preciso que alguien vaya á presidio para dejar satisfecha la vindicta pública... Entonces recuerda el millonario que en una barriada de la ciudad existe un buen hombre con mujer y ocho hijos que, como náufragos hambrientos y sin esperanzas de comer, están á punto de ser sorteados para que muera uno y se lo coman los demás.

— ¡Ellos vivirán! piensa el grande en su palacio.

Y en la barriada, el buen hombre no vacila .. Va á ser condenado á cadena; va á infamar su nombre y el de sus hijos. ¡No importa! Se vende. La familia come y calla...

Alguna vez el pobre *reo*, trabajando en la cantera, suele ver á lo lejos al gran señor en lujosa carretela, con su duquesa y sus hijos, y una lágrima amarga y silenciosa va á esconderse temblando de miedo en una grieta de la picada piedra... Alguna vez también, arrastrando penosamente por la carretera el grillete del presidiario, oye una interjección lacayuna y brutal que le manda dejar franco el paso por la vía, y roza su cara el látigo del auriga del duque, que, embutido en pieles, regresa del paseo.

— Después de todo, piensa el gran señor, sin mí, ¿qué sería de la familia de ese pobre diablo?

La mujer, no pudiendo aguantar más el divorcio, se hace querida de un cualquiera (amigo que fué del presidiario), que le ayuda á comerse los cuartos. Los hijos, crecidos ya, besan con amoroso respeto la mano del protector y huyen indignados del padre, que se pudre en la cárcel para que coman ellos sin ser sorteados. La familia toda, llena de vergüenza, resuelve dar por muerto

al pobre hombre; manda al cura que diga una misa por el descanso del alma del *difunto*; paga la misa el chulo con dinero del protector, y más alegres que unas pascuas se van todos á la Rambla para ver las iluminaciones que ha puesto el duque por ser los días de Su Majestad.

IV

ANTE EL REY

.

CONTRASTES

SOL Y SOMBRA

En el palco, que era un ascua de colores chillones, destacábase una figura de mujer, más rubia que el sol y más bonita que la Virgen del Pilar, y á su lado, acechándola sin piedad, abría el varillaje de un abanico negro una señora demasiado joven y hermosa para vestir su juventud y hermosura con el rugoso traje de suegra...

En la arena, húmeda y removida, iba dejando coágulos de sangre un caballo, herido traidoramente en el pecho. (*Palmas y olés.*) De lo alto caían mazos de puros, sombreros de ala ancha, blasfemias irritantes y juramentos que chorreaban odio...

Cuando ella se miraba con timidez en unos ojos que no la perdían de vista, abríase el varillaje del negro abanico, y aleteando pausada-

mente, ocultaba la cara de aquella rubia, cara de cielo sin nubes ni manchas. Era el mariposear de la sombra sobre la luz... el aleteo de un murciélago sobre una florecilla azul...

El caballo, herido en el pecho, sacudía cómicamente la cabeza sobre un charco de sangre. De arriba rodaban tempestades de entusiasmo, y el público pedía con voces de muerte : ¡caballos!... ¡caballos!...

¡Cuán bonita estaba! ¡Con cuánta dulzura mirábase en los ojos que no la perdían de vista!... El varillaje del abanico extendíase como una mancha negra sobre una hoja de magnolia, y por un espejismo de la distancia, semejaba un crespón de luto velando unos ojos que se miran todavía y seguirán mirándose á través de las sombras del tiempo...

LA POLKA

Cuando ella arrancaba al piano los sonidos melancólicos de una polka sin nombre, él no se fijaba en la música, faltándole tiempo para fijarse en la cara de su niña.

Una mañana se dirigieron ambos por distintos caminos igualmente orillados de recuerdos... Él

le había escrito: « Y si no pudiera ser, yo recordaré siempre como los más felices de mi vida los días que pasé contigo, nuestras promesas de amor, nuestra jurada fe, tu palabra, que escrita está, de ser mía hasta la muerte; ¿te acuerdas?... Olvídame... pero no me pidas nunca que te olvide yo. He amado de verdad una vez sola, te he amado á ti, y contra el destino te amo y te amaré. »

Cuando la polvareda del camino los separó por mucho tiempo, él, recordando la polka, hubiera querido tener muy cerca del corazón un organillo que se la repitiera sin cesar.

Combatido por odios y pasiones, sin creencias ni halagos del mundo, siempre sacaba á salvo del naufragio de sus esperanzas aquella polka sin nombre, y merced á su recuerdo, guiaba con valor á la tierra de promisión la averiada barca de su vida que hacía ya bastante agua... Frecuentaba los teatros, conciertos, cafés y almacenes de música, esperando siempre con oír de nuevo aquellos sonidos melancólicos que no se habían apagado en el fondo de su alma. Á algunos horteras inspiraba lástima; otros se reían de él con la risa del industrial.

Una tarde disponíase febrilmente á regresar de la tierra prometida, mientras se hacía á sí mis-

mo estas observaciones, nacidas al calor de la incertidumbre y avivadas por el helado soplo del desaliento, que abrasa como ráfaga de fuego: « ¡Oh! Será feliz, mucho más que yo... La luz de nuestro soñado altar brotaba del corazón y era muy débil para iluminar la página de un contrato... ¡Qué bien se leerá, iluminada por algún lampistero, ó fabricante de cerillas con mucho nombre en las cajas, al cual por dos cuartos se meta diariamente en el bolsillo el vecindario del pueblo! ¡Oh! Ella tendrá por lo menos alumbrado gratis, mientras yo... ¡quién me dice á mí que al andar del tiempo no subiré á oscuras las escaleras de mi casa!... »

De sus labios, contraídos por un movimiento nervioso, caían lentamente ironías y sarcasmos cubiertos con buenas palabras. De pronto se detuvo... Debajo del balcón de su casa un organillo acababa de tocar el primer compás de aquella polka sin nombre que tan inútilmente buscara. Abrió las maderas y lanzó á la calle una moneda de plata á tiempo que dijo, dirigiéndose al hombre que tocaba el organillo:

— ¡Toma y calla, miserable!

POR MOR DE LA PRIMAVERA

No sé si recuerdan ustedes á Blasa, la buñolera de la calle de Atocha, una mujer que parecía haber nacido exclusivamente para vender buñuelos. Eso era su vocación, el buñuelo; y así como así, vale más venderlos que hacerlos.

Hermosísima, como gallega al fin, y fresca como mañana de primavera — más claro, fresca en caliente, — muy fina de color y muy pequeña de pies, hubiérase podido decir de ella que le había nacido la cabeza en Galicia y los pies en la Habana...

¡Pobre Blasa! Ella misma no sabía de su mucho mérito, y si algún aficionado al buñuelo la requebraba diciéndole : « ¡Es usted más guapa que Dios! » ella, que se había hecho muy chula, en fuerza de vivir en la calle de la Comadre, le

contestaba con mucho garbo : « ¡Ya lo credo! » *Credo*, ésa era la palabra.

Á oír requiebros mientras vendía buñuelos, reducíanse los placeres de Blasa. No iba á paseo, ni al teatro, ni tampoco á misa; no tenía vicios, ¡ni siquiera fumaba!

Y así pasó un año y otro y cumplió los diez y ocho, con la frescura caliente de una mañana de mayo. Blasa era inexpugnable... lo decían todos sus parroquianos. Cuando la asediaban mucho, formaba una barricada con sus buñuelos y se encastillaba en su hornillo.

Pero... ¡la primavera sobre todo! Y fué aquella la más escandalosa y canallesca que vieron los nacidos. El Retiro y el Campo del Moro estaban perdidos de tanto verde; brotaban amapolas y lilas (lilas sobre todo), sonetos y revistas á la primavera, que era primor y bendición del cielo, y, de tanta agua como bebiera, el Manzanares habíase salido de las casillas de las lavanderas. Todo en la naturaleza estaba fresco, húmedo hinchado, en retoño... los charcos de las plazuelas tenían pretensiones de arroyos; los ramajes de los árboles de la calle de Alcalá se subían á las barbas de los caballeros que se asomaban á los balcones de los pisos principales; á los calvos les salía el pelo sin saber por qué,

y á la moda parisiense le dió gana de desparramar por los mundos unas almohadillas, en forma de polisones, que esponjaban los trajes de las mujeres. En fin... aquello era un escándalo, una primavera terrible, que echando chispas y dejando en pos regueros de lumbre, se le venía encima á la pobre Blasa, que, en las agonías de su virtud, quiso formar la última barricada con los buñuelos; pero se le cayeron al suelo, y al bajarse para recogerlos, se le abrasaron las manos, dejándola indefensa...

¿Cómo fué aquella debilidad? ¡Psht! como las debilidades todas en esta terrible lucha del espíritu con la materia. No, no se sabe cómo fué el faltarle fuerzas á la buñolera. Lo que se sabe, porque lo cuentan las vecinas suyas á quien quiere oírlo, es que á principios de invierno, cuando la naturaleza estaba muerta y los buñuelos daban frío, Blasa escribió á su olvidadizo amante la siguiente carta, que partía los corazones del barrio :

« Muy señor mío después de saludarlo Encompañi de sufamilia estos dos renglones son para decirle austed en el Estado en que mencuentro siéndome tan triste por mi des gracia que bastante measis s te quisiera pedirle Enfavor tenga

compasion de mi sencillez que bastante asido tenga husted la fineca de depersona decente porque lonexito, porque Estoienbaracada de tres meses Reconocida por tres médicos, por lo tanto teng dispuesto biaje porque husted me yzo mucho perjuicio, de modo hun ijo noseeria con dos cuartos porque los tiempos están malos de modo que yo Noquie Estar tirada por madrid y austed le sale mejor cuenta mandarme para el biaje que no quede parte al juez monecipal; tengo averiguado por abogados mas que no soy quien para hacerle molestar y prefiero ir auna galera que husted salga con la suya porque yome callaba pensando que no Resul tabanada y que Estaba enprimer grado de tises dispoga como le delagana yo yaestoi dispuesta nome gusta acerdaño anadie yo con poco me contento diez y ocho duros para marcharme luEgomimadre meayudara á criarlo que sea y si hoste lo quiere criar por su cuenta tambien selo cedo mejor podra usted miermana espera contestacion sino quie que andemos Enmobimiento Conserbesebueno.

« BLASA GARCÍA. »

¡Pobre Blasa! Después de todo... sucumbió como se sucumbe siempre en el combate diario

de lo espiritual con lo material. Porque tener levantado el espíritu y levantado el seno; muy esponjada la virtud y muy esponjado el polisón y estarse helada, y como si tal cosa, cuando la naturaleza no corre, sino vuela, eso... eso es imposible. Blasa se produjo y reprodujo como cualquiera especie y, lo que decía ella :

— ¡Por mor de la primavera!

ELLA

(AL ORIGINAL DEL RETRATO)

I

Cuando á solas conmigo resucito recuerdos de mi vida que han ido desapareciendo bajo el polvo de los escombros que arrojaron á montones sobre mí esos sepultureros de color lívido que entierran gratis... no lloro lástimas ni me querello del destino. Asisto á la resurrección con la misma tranquilidad que á una puesta de sol, sin que enturbien mi pecho esas miríadas de luz que brillan en la lejanía y que no podría alcanzar yo, aunque estirara mucho los brazos... Y siendo así que la vida ha de pasarse á tragos, tengo la costumbre de saborear mis recuerdos, mojándolos antes en lágrimas de manzanilla, y no pocas veces, cuando la desgracia intenta herirme á mansalva, la miro frente á frente y, caña en mano, le digo :
— ¡Brindo por usía y por la compañía !...

II

He podido vencerme tanto, ¡que acaso lleven verdad los buenos amigos que dicen de mí: «¡No tiene corazón!...» No sé si lo tengo, y, en Dios y en mi ánimo, no me importa el saberlo. Hace mucho tiempo, eso sí, que no le oigo latir por nada ni por nadie... Era de los antiguos, de oro puro, y lo habrán descompuesto las pasiones humanas... Ahora están de moda los corazones de níquel, como esos relojes que no se manchan ni se rompen aunque se les tire al medio del arroyo.

En el hueco donde había sentimientos, suele haber una mortaja formada por odios, y entonces, huyendo al frío, no se quiere abandonar ninguno de ellos... ¡no se hiele también el cristal del escaparate! Para tener abrigado el corazón, hay que amar ú odiar mucho... y en materia de odios, soy egoísta: no daría el menor de todos por la mayor ventura. Son mi mortaja: sin ellos, sentiría frío en las entrañas.

Algunas veces he salido presuroso á la calle con ánimo de buscarlo, pero no le he encontrado en parte alguna. Lo poco que había de él está en buenas manos; *ella* lo ausculta diariamente, lo trata con cariño, opera en él la transfusión de su

generosa sangre, y no me lo devuelve, temiendo tal vez que le roben lo que tiene aún, como le robaron los pedazos que le faltan...

III

Cuando me ciega el nublado de las injusticias, y algo superior á mi voluntad me arrastra á creer en el predominio del mal, si me acuerdo de *ella*, creo que todo es bien sobre la tierra. Una tarde del *mes de mayo*, miraba yo á María sobre un altar entre coronas y flores, y acordándome de *ella* sentí enojos... y ganas de ponerla en el altar de María.

Esta adoración ha formado en mí y contra mí un segundo temperamento. El recuerdo de *ella* ha atado más de una vez mis manos, dejándome indefenso en el combate. Es un recuerdo alado que viene de lejos, y, en forma de paloma mensajera de paz, se posa dulcemente sobre mí cuando quiere arrastrarme en su turbio oleaje el diluvio de las pasiones.

La languidez de la tarde me recuerda la tristeza suya; la alborada del día me pinta al vivo los colores de su hermosura y de su talento, que, con haber sido tan admirado, jamás despertó envidia, porque *ella* lo sacrificó en aras del hogar,

tal vez por enseñanzas de su madre, acaso creyendo que es una flor muy bonita y delicada para expuesta á las inclemencias de la publicidad.

Cuando hablo, me parece que me oye; si rezo, es para pedirle á Dios que me diga si volveré á verla; ¡pero ese Dios es un sordo mudo incurable!... Jamás practico el bien en nombre mío ni por mí mismo: lo practico en nombre suyo y por *ella*. Y *ella* me recompensa ó me castiga. ¡Cuántas veces me parece que se ríe dulcemente desde el fondo del retrato, ó que me mira con ojos de reconvención severa y triste!...

IV

¡Qué lejos está!... ¡Cómo muere en el azul de mis esperanzas la última estrella!... Una vez salvé el mar que nos separa, y ya llegaba á la aldea, cuando se desataron cóleras de tempestad. En el cielo no había luz; en la tierra no había justicia, y el mar que me arrojó á la ingrata patria, como á un cadáver insepulto, me recogió de nuevo para llevarme á una playa hospitalaria. ¡Oh! ¡Aquella resaca fué muy oportuna!...

¡Al diablo la patria idolatrada!...

Si allí mi pobre madre no viviera,
No suspirara por volver mi pecho.

.....

¡Al diablo la patria idolatrada!... ¡Pero no mientras viva *ella*!

Y si muero antes (¡Dios lo haga!)... recordad mi pronóstico vosotros que, sin pensar que yo después de muerto sería muy capaz de sacar las manos para pellizcaros las piernas, imagináis que bailaréis danzas y tangos sobre mi tumba; recordadlo: ¡mi madre le pondrá una buena verja que me defienda de las patas de los animales!...

Diciembre, 1883.